

MARIANA COX

Al comenzar un bello artículo sobre Mauricio de Guérin, hace ya algunos años, recordó Shade esta (Mariana Cox, que hoy ha muerto), la angustiada frase de Menandro: "El amado de los dioses muere joven." ¡Nunca hubiera pensado ella que, un lustro más tarde, alguien, al recoger la noticia de su muerte prematura, iba a repetir aquella helada afirmación del auto-didacta griego! ¡Ah, esta cruel ironía de la vida, que pasa ante nuestros ojos, como una racha, segando las más bellas flores! Algo se revela en el espíritu, una voz secreta de protesta fluye de nuestro corazón, ante la muerte de un artista. De él nos queda algo más que de un simple mortal que se aleja para siempre y por eso también tardamos mucho en conformarnos con su ida eterna e irremisible: le recordamos larga y dolorosamente, pues ha dejado prendida en nuestros corazones tanta de su divina claridad.

Podíamos no compartir los juicios artísticos de la autora de "Un remordimiento", podíamos aceptar con reservas sus dilecciones espirituales; tal vez. Mas, algo había en ese artista inquieto, en aquel que preferimos siempre, en el Shade de su primera época, algo de eterno y de inolvidable: una apacible serenidad helénica guardada en el barro fresco de un vaso cristiano. La vida pasaba ante sus pupilas de mística y de sensitiva como una suave fiesta espiritual; mas, tal en una piadosa decoración, en la lejanía de su perspectiva de ensueño, veíamos siempre, siempre, la sombra apacible del Crucificado.

Mucho hay en su obra y mucho hubo en su vida que nos hacía recordar a la santa y grande Eugenia de Guérin y al atormentado Federico R. Amiel: releamos algunos fragmentos del **Relicario** y del **Diario** y acudí ran a las ventanas de nuestro espíritu las mismas brisas de mística primavera que ya

habían pasado ante nuestros entusiasmos cuando conocimos los fragmentos de aquel Shade inolvidable.

Una afinidad intelectual muy marcada llevó siempre a Shade hacia los languidos jardines de aquellos dos líricos filósofos, que eternamente cumlugaron en la belleza de Grecia, pero con los ojos puestos temblorosamente en la Cruz. Fué como ellos inquieta, dulce, pía y suave. Su obra es la historia de su espíritu. Y su espíritu fué muy puro y muy interesante.

Hoy, en el instante de su tránsito, recordamos aquellas palabras suyas: "Creemos firmemente y creemos a ciencia cierta que llevamos en nosotros un principio inmaterial e imperecedero; sabemos que, a más de dar a los gusanos nuestro cuerpo, hemos de restituir nuestra alma al Creador que la reclama, que la llama y que la espera, como después de larga ausencia aguarda el amigo la vuelta de su amigo!" Su vida terminó, pues, su vuelta: ha regresado piadosamente al lugar de su destino. Murió con las pupilas puestas en el cielo; con la confianza alentadora de que alguien le aguardaba con los brazos abiertos...

¡Omnia transit!

A. DONOSO.



Ultimo retrato de Mariana Cox.